

Preludio

A propósito de *Agosto Ritual*

Como aquello que se toca o canta para ensayar la voz, ensayo, en estas páginas que preludian, una escritura de celebración. Por la iniciativa gestada - ahora convertida en libro-, que se imaginó, desde su irrupción-idea-, como una cooperación entretejida entre el por entonces Área de *Ambiente, Sociedad y Territorios* -hoy ya programa institucional por compromiso político-académico y social-, y de “La Sofia Cartonera”, atenta siempre a la producción literaria desde los márgenes. A su existencia material a muchas manos.

Celebración también por la sensible recepción de la convocatoria, y por ver/leer la abundante y politonal savia reunida en este poemario. *Ritual de agosto*, la tierra en rituales, el ritual de agradecimiento, el ritual de la congoja por lo desaparecido, quemado, devenido tierra baldía. El ritual de la plegaria sin templos. Poemario ritual, ritual poético, tierra y *poiesis*.

Una búsqueda inquebrantable por la palabra honesta, por la sensibilidad hecha cuerpo y lenguaje signa estos poemas de los que brota, de modo incontestable, una límpida celebración de la palabra, de las imágenes, oponiéndose de lleno sus signaturas a la falacia de los discursos que desgarran y despojan, siempre con la palabra corrompida de los mercaderes, traficantes.

Del poemario emanan, entre agosto y los septiembres cenicientos, una paleta de colores, mejor, un universo de tonos y semitonos; una experiencia fina, meticulosa, fraguada en y con olores, aromas, vientos y brisas, sonidos de vivientes, que son trazas de una sinestesia vital y de sus asesinatos, consumados o en ciernes. En el ritual de celebración trepidan también las heterografías de las violencias, las heridas, los huecos de lo ausentado, la marca de lo que ya no está; del río que no surca el pueblo o el monte, el monte que ya ha sido torturado y desaparecido; la montaña que sangra. Los pájaros sin nido, sin descendencia, sin legados. Migrantes ennegrecidos no sin antes llorar en sus lenguajes la brutalidad de lo humano.

Una poética interespecie, me gustaría decir, que activa una temporalidad anterior, que precede, que se sabe linaje de un tiempo no antropológico cobija la palabra dicha y reunida.

Una geografía de las culturas, me gustaría decir, se erige desde los versos. Una geomorfología de las lenguas, me gustaría decir, se habla, nos habla, o nos enfrenta a la lengua originaria sin puente de traducción, a su materialidad significante que nos interroga.

Palimpsesto lingüístico, mapa de tonadas, de ritmos y nombres que nombran lo viviente del lugar propio, del espacio de existencia, y también, por ello mismo, ese palimpsesto es patrimonio de sobrevivientes, patrimonio lingüístico que presentifica, con su existencia material, una persistencia no domesticada de una lengua vivida, de una comunidad hablante, ya como incrustación en el español, a manera de un bordado hecho de lengua y tierra, de manos y lugar; ya monumento de fruición desafiante que no se deja traducir, aun a costa de la ininteligibilidad. Porfía del decir, desacato quechua a ser hablado por la lengua del conquistador; pura presencia que nos vuelve ignorantes.

Poemario-mapa, cartografía de escrituras y también de lecturas posibles; los poemas cobijados aquí abren, como señaléticas en verso, a un universo de senderos, valles –despojados o aún plenos–, cimas majestuosas –explotadas ya o amenazadas–; ríos y arroyos, presentes vivos, moribundos o ausentados. Una experiencia por hacer, sin recorridos determinados, nos pone como viajeros, pero también como rastreadores, entre puntos y destinos; imaginar cómo transitar Famatina, cruzar a Catamarca, a la de Andalgalá, llegar a Salta y Jujuy, desde las sierras de Córdoba; o al revés, o en otra dirección, o ensayando pasos por huellas del camino imperial que llegan a mesoamérica. Y en el borde, en cualquier borde de las curvas, cuevas o planicies, de los innumerables tránsitos posibles, se está en la banquina de la expoliación: lo viviente sacrificial, disponible y dispensable.

El poemario da puntadas para coser el mapa de las violencias; de la mano y con las manos, el hilo y la aguja, gesto y acto, escritura y traza, nos hace llegar a los pueblos de nuestra América nombrados-presentificados, a través de su vegetación, de sus árboles; borda los mapas del saqueo, de la expoliación, en escenarios de de-

mocracias flamígeras. Un extractivismo también de subjetividades, de cuerpos y orígenes. Una maquinaria de invención necropolítica fantasma, o se hace presente en cuerpo presente: el poemario, signa, allí/aquí, ahora, el *durante la desaparición* de las formas de vida, de los territorios y la inextricable condición interespecie e intergeneracional.

No se trata en estos poemas comunales de un repertorio viviente, ni de un catálogo de especies; el poemario es un cuidado pero poderoso lazo para leer de otro modo, leer desde el cuerpo, volar con los cerros, atravesar el monte, devenir ceniza; demanda reposar la subjetividad de la sequía, el fuego, el humo, de todos, de cada uno, un *continuum* sensible que se hace lectura/escritura; quien lee mojonea los poemas con sus propias cenizas en los bronquios, con los pulmones marcados por el monte, los humedales arrasados, el bosque ceniciento, la sequía hecha tormenta de tierra y polvo, y el desespero de los días.

Poemas en - raiz - ados, plegarias, rezos seculares, sin templos, con ge/gaia, madre sierra.... una religazón no monoteísta ni monológica; las formas de vida del agua, el agua vida, el río como curso y destino; la montaña, cuna, origen casa; la luz, las cenizas, las brumas, horizonte cenizo; urna funeraria abierta....las crías perdidas...el río extinto..., el poemario nos habita. ¿De qué estamos aún a tiempo?

Agosto se acerca, nos acerca. ¿Será para compartir rituales de celebración con menos honras fúnebres a tanta vida diezmada?

Mirta Alejandra Antonelli
Julio 2025